

EL RÍO DEL RECUERDO

(Memorias de un niño feliz)

Fotocomposición e impresión: HiFer Artes Gráficas - Oviedo. www.hifer.com

AS-3501 / 2010

Primera edición: Octubre 2010

© 2010, Joaquín Fernández García (texto), Maite Fernández Alonso (ilustraciones) y DG Edições
Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial sin la debida autorización.

EL RÍO DEL RECUERDO

(Memorias de un niño feliz)

Ilustraciones de Maite Fernández Alonso

*Siempre la felicidad nos espera
en algún sitio; pero a condición
de que no vayamos a buscarla.*

Voltaire.

A Héctor, Pelayo y sus amigos.

ÍNDICE

Página

<i>1. Primera Memoria: Últimos días en el Hospicio</i>	9
<i>2. El Camino</i>	23
<i>3. La importancia de la comida</i>	35
<i>4. Hacer la digestión</i>	47
<i>5. Bautismo de sangre</i>	59
<i>6. La excursión</i>	69
<i>7. La banda</i>	87
<i>8. La Cueva de Rondero</i>	97
<i>9. El secreto de las manos</i>	107
<i>10. En el pasadizo</i>	117
<i>11. El castillo del moro</i>	125
<i>12. Don Juan y otras historias</i>	135
<i>13. Último año en la escuela</i>	149
<i>14. Don José y otras historias</i>	159
<i>15. La academia de La Laguna</i>	169
<i>16. El Colegio de San Ignacio</i>	177
<i>17. Final imprevisto</i>	191

1. Primera memoria: Últimos días en el Hospicio

Hace muchos, muchísimos años, yo fui un niño feliz. Y, a medida que pasa el tiempo, mis recuerdos se agrandan, se hacen cada vez más vivos; y, siento una necesidad irreprimible de escribirlos, de transmitirlos a los miles y miles de niños que existen en el mundo. Por ello, he decidido que aquel niño que fui, escriba sus memorias para vosotros; porque, vivís en un mundo distinto y no os imagináis cómo era aquel feliz mundo de los que ahora somos mayores; o, al menos, de algunos como yo, que fuimos muy afortunados. Afortunados y felices sin que nos propusiéramos serlo, porque considerábamos lo que teníamos como la riqueza más grande y no ambicionábamos otra cosa.

De todos modos, mi primera infancia fue triste; mi verdadera biografía se inicia cuando ya tenía ocho años; porque, de todo lo anterior, apenas guardo memoria; y, para que lo entendáis debo explicároslo.

No sé ni donde nací, ni quienes fueron mis padres. En aquella época, cuando un niño aparecía por este mundo, sin que nadie le quisiera, le llevaban a un colegio que había en la ciudad al que llamaban “la Inclusa”, o, “el Hospicio”. Y, las monjas, como si fueran las mamás de todos los niños sin padres, los cuidaban y los criaban aunque no fueran suyos.

Mi primera memoria, como ya os dije, es pobre. Sólo recuerdo lo último, antes de que Juan y Flora me adoptasen como hijo; A todo más, me acuerdo de decenas de niños como yo, todos vestidos con el mismo mandilón a rayas, las mismas zapatillas y haciendo filas para llegar a todas partes: al comedor, a la clase, a

la capilla, al recreo, al paseo por la ciudad, y, a donde quiera que nos llevarán. Y, me acuerdo sobre todo de mi perenne sensación de tristeza, de soledad, de alejamiento de este mundo; solo recibía caricias de muy tarde en tarde, de una monjita llamada Sor Encarnación, cuyo rostro identifiqué durante muchos años con el desconocido rostro de mi madre verdadera.

Pero, como os decía, fui muy afortunado porque Juan y Flora me adoptaron como hijo. Uno de los pocos niños, a quien, un matrimonio sin hijos, estaba dispuesto a dar todo lo que se puede dar a un ser desvalido. Me acuerdo perfectamente del día que los conocí. Sor Perfecta, que debía ser la monja que mandaba sobre las otras, fue a buscarme a la clase y me dijo, secamente, cogiéndome de un brazo:

– Andrés, ven conmigo.

Después de cruzar el largo pasillo que llevaba a la entrada del Hospicio, abrió una puerta; y, en la sala de espera, estaban Juan y Flora. Sor Perfecta, les dijo secamente:

– Este es Andrés. Este es el niño que se les va a adjudicar. Pueden quedarse con él, durante una hora. Conviene que se vayan conociendo.

Flora, una mujerona de media edad, sin mediar palabra, me sonrió abiertamente y me cogió en brazos. Noté su fortaleza y sus enormes manos; inmediatamente bajé la vista y con un dedo en la boca no me atrevía a mirarla. A quien sí veía bien, de reojo, era a Juan, quien nos contemplaba extasiado, con media sonrisa en sus labios y con cara de felicidad. Era un hombrón alto, cuadrado y con aspecto de una enorme nobleza.

Nos vimos pocas veces más y, en cuestión de pocos meses, quedó todo listo para que me fuera a vivir con Juan y con Flora. A ellos, se les veía la mar de satisfechos. Y, Sor Encarnación, me cogía en brazos, con frecuencia, para decirme:

– ¡Pillo! ¡más que pilllo!; Qué, pronto, nos vas a dejar para siempre.

Y, me estrechaba suavemente contra su pecho. Nunca supe más de Sor Encarnación; y, lo hubiera deseado, porque sólo ella fue



Sor Encarnación... Ella se ocupó de cambiarme de ropa.

capaz de transmitirme algo parecido a lo que debe ser el amor de una madre, en aquel frío y destartalado hospicio.

Un buen día, Sor Perfecta, la Madre Superiora, fue a buscarme a la clase. No hubo el más mínimo comentario para mis compañeros ni para la profesora. Con su habitual frialdad, me dijo:

– Andrés, sígueme.

Y recuerdo las caras tristes de mis compañeros de clase, mirando hacia atrás y siguiéndome con la vista, mientras me alejaba. Recuerdo especialmente la expresión de Javier, mi compañero de pupitre, quien me había confesado momentos antes:

– Yo también quiero un papá y una mamá, como tú.

No se me olvidará jamás el sonido seco de la puerta, al cerrarse a mis espaldas, mientras la profesora decía:

– ¡Niños!, ¡Niños!, seguimos; ahora vamos a repasar la tabla de multiplicar.

Como tampoco se me olvidará, aquel último paseo por el claustro del hospicio y el pasillo que conducía a la portería. Sor Perfecta, siempre delante, dejando a su paso un leve susurro de ropas, velos, rosarios y llaves; y, yo, detrás, tenso, con las manos cogidas por delante y la garganta seca.

Cuando llegamos a la portería, allí estaban Juan y Flora, radiantes de felicidad; y, allí estaba Sor Encarnación, con una pequeña maleta en la mano. Ella se ocupó de cambiarme de ropa. Aquello, me aprecia increíble. Aquel pantalón, aquella camisa, aquel jersey y aquella pequeña zamarra con lo que me obsequiaban mis nuevos padres, me deslumbraron. Nunca había tenido la sensación de que era un ser distinto y nuevo, y, tardaría en tenerla a lo largo de mi vida.

Sor Encarnación, mientras me vestía con suavidad y hasta con dulzura, me besó varias veces en la cara y en las manos, a la vez que decía en un susurro:

– ¡Pillo!, ¡Más que pilllo! Que, nos abandonas.

Y, como me hacia cosquillas, comencé a reírme, primero suavemente, y, después, de manera explosiva, ante la mirada satisfecha de Juan y Flora.

Sor Perfecta, como si tuviese prisa, se dirigió secamente a mis nuevos padres y les entregó un sobre, advirtiéndoles:

– Aquí tienen la documentación del niño y la cédula, para que cobren mensualmente el estipendio establecido por la Diputación Provincial.

Juan, recogió los papeles y los guardó en el bolsillo de la zamarra y, Flora, me cogió en brazos.

La despedida fue breve. Sor Perfecta, se limitó a decir:

– Cuiden al niño; y si hubiese algún problema diríjense a nosotros.

Flora, de pura emoción, farfulló unas palabras ininteligibles, repitiendo al final:

– Dios se lo pague, Dios se lo pague.

Y Juan, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón sacó un sobre, mientras decía:

– Esto, aunque poca cosa, es para los niños que quedan.

Sor Perfecta, lo cogió de inmediato, lo sepultó en la faltriquera y se despachó con un frío:

– Gracias, muchas gracias.

Sor Encarnación me cogió la mano, me la acarició suavemente y me la besó; y con los ojos brillantes, dijo como para sí misma:

– Hace siete años, en una fría mañana de invierno, yo misma te recogí en el torno. Eras un bebé realmente delicioso. Me alegro por la suerte que has tenido.

Sor Perfecta, abrevió, llevándonos hasta la puerta. La despedida no pudo ser más fría:

– Sor Encarnación, váyase a cumplir con sus obligaciones. Y, a ustedes, que les vaya bien con el niño.

Y, en ningún momento tuvo la menor delicadeza conmigo; esto no se olvida.

Una vez en la calle, Juan me cogió en brazos y le entregó mi pequeña maleta a Flora, mientras le decía:

– Hasta la estación del tren queda mucho camino.

Miré hacia atrás por última vez; y en una ventana del segundo piso con el visillo levemente separado, estaba Sor Encarnación diciéndome adiós, la mano derecha en alto y moviendo sus dedos.

Cruzamos varias calles, algunas desconocidas para mí; y, finalmente, llegamos a la estación del ferrocarril. Nunca había visto cosa semejante: ruidos y pitidos de locomotoras que iban y venían, ríos de gente en todas direcciones, los maleteros con sus carretillas rebosantes, vendedores ambulantes... aquello era totalmente nuevo para mí; y, desde los brazos de Juan, lo observaba todo, a una altura que me lo permitía.

La espera fue breve y pronto me vi en el vagón del tren, con la nariz pegada al cristal de la ventanilla, atónito, ante un mundo nuevo que se abría a mis ojos por primera vez.

Cuando el tren se puso en marcha, se apoderó el miedo de mí y estuve a punto de romper a llorar. Debió de intuirlo Juan, pues me apretó contra sus brazos, mientras me decía:

-No tengas miedo. Esto, es muy seguro.

Y, vi, cómo, tanto Juan como Flora, se santiguaban mientras ella decía:

– Siempre Dios delante.

Mientras el tren comenzaba a moverse, la locomotora resoplaba como si se tratase de un ser vivo a quien le costase trabajo arrancar; y, esta sensación era aún más viva, cuando la estación se llenó de un humo espeso, como si de verdad respirase.

Pronto, salimos al campo y tuve nuevas sensaciones: los árboles, los postes de la luz, las casas y el paisaje se escapaban hacia atrás dando la impresión de que estaban vivos, de que todo se movía.

El sueño, acudió pronto a mis ojos. Por más que me empeñaba en ver y ver aquel nuevo mundo, los párpados cada vez me pesaban más. Debió notarlo Juan, pues me dijo:

– Duerme, mi vida, duerme.

Y, cogiéndome amorosamente con ambos brazos me recliné en su regazo. Antes de dormirme, con los ojos semicerrados, observé a Juan y a Flora. La imagen, me ha quedado grabada para siempre, porque, por primera vez en mi vida, vi pintada en el rostro humano la imagen de la felicidad. Algo que había intuido en la cara de Sor Encarnación, se había convertido en realidad; pero, ahora era distinto, porque yo estaba inmerso en aquella atmósfera de paz y bienestar, de felicidad indefinible y de protección.

Cuando desperté, el paisaje había cambiado por completo. Y, mientras me restregaba los ojos, Juan con una sonrisa abierta me susurró al oído:

– Estamos llegando a casa.

Y, Flora, se inclinó hacia mí, rozó mi mejilla, dándome un brevísimo beso y me dijo:

– Estamos llegando a casa, corazón.

Aquello parecía un sueño. Nunca había visto cosa semejante en los alrededores de la ciudad, a donde nos sacaban de paseo. Mientras el tren seguía su camino resoplando, echando humo y pitando de vez en cuando, el panorama no podía ser más espléndido: a la derecha el río; más allá prados y más prados cuajados de vacas, ovejas y caballos; y, al fondo bosques y más bosques; y, cerrando el horizonte, unas montañas altas, imponentes, que tocaban las nubes.

Pero, en seguida, lo que más llamó mi atención fue el río, que fui escudriñando en sus más mínimos detalles. Era un río de aguas claras, cristalinas, que se precipitaban a trechos en pequeñas cascadas; y, que se remansaba, en ocasiones, dando la impresión de que se quedaba quieto, parado, sin vida, para volver a precipitarse, bullicioso, en el próximo recodo del camino. Bello río, cuyo cauce estaba compuesto por piedras redondas y blanquecinas de todos los tamaños, que desaparecían en la pura orilla entre una exuberante vegetación de juncos, espadañas y arbustos.

Cuando estaba absorto, con mis ojos prendidos en aquellas cristalinas aguas, Juan me avisó:

–Estamos llegando, corazón.

Y, en ese momento, noté que el tren aminoraba su marcha, comenzaban a chirriar las ruedas, el paisaje se enlentecía y la gente inquieta, se levantaba y se disponía a recoger paquetes, maletas, cestas y bultos de todo tipo.

La estación era pequeña y no se bajaron en ella más allá de una docena de personas, que desaparecieron en un momento del andén, excepto una anciana cargada de cestas vacías. Su aspecto era simpático y, se acercó a nosotros en cuanto nos vio. Dirigiéndose a Juan, que seguía llevándome en brazos, le dijo:

–Ya me enteré de que ibais a traer un niño. Déjame, déjame que le vea.

Y, acercándose a mí, me miró con ojos chispeantes, mientras sentenciaba:

– El niño, no puede ser más guapo; que tengáis suerte; porqué tanto tú como Flora lo merecéis. A ver si sale bien; seguro que si.

Y, con paso renqueante, se alejó camino adelante, como si tuviese prisa, cargada de cestas vacías, que prácticamente la tapaban.

Juan, dirigiéndose a Flora, dijo con parsimonia:

– Es increíble lo de la tía María a su edad; porque, no baja de los ochenta; y, pese a ello, todos los días de mayo a septiembre coge el tren, baja a la Villa del Camino y vende toda su mercancía hasta la última lechuga. Es increíble...

Flora, no dijo nada; pero un poco más allá, le rogó a Juan:

– Déjame al niño. Desde aquí, hasta casa, quiero llevarlo yo.

Y, en ese momento, no sé por qué, quise andar por mi propio pie y lo expresé con absoluta claridad:

– Quiero bajarme de aquí; quiero ir andando.

Cogido de la mano de ambos, iniciamos la marcha hacia casa. El trayecto, era relativamente corto. A la izquierda, por una calle recta y larga, se iba hacia el pueblo, en el que resaltaban la

torre de la iglesia y algunos edificios. El resto, eran casas pequeñas más o menos desperdigadas. Y, a la derecha, se iniciaba un camino amplio, polvoriento y sin asfaltar. En la encrucijada, Juan me lo indicó con claridad:

– Por este camino, se va directamente al río y, después a nuestra casa.

Caminamos despacio y, al poco rato, llegamos a la margen del río, aquel río que tanto me había impresionado desde el tren.

Anduvimos escasos metros y en un recodo del camino rodeada de frondosos árboles se encontraba la entrada del puente. Juan se vio obligado a decirme:

– Este es el puente que nos llevará a casa. Está al otro lado.

El puente era largo, de piedra y tenía tres ojos, a través de los cuales pasaba el agua clara, fresca, casi imperceptible desde arriba, de no ser por las piedras que se adivinaban al fondo a través de una vercosa profundidad. Cuando estábamos a la mitad del puente, Juan se paró, miró al río y dijo con trémula emoción:

– Este es el río más bello del mundo. El día que lo conozcas bien, será el río de tus recuerdos. Yo no podría vivir, sin tenerlo al lado.

Flora, absorta en sus pensamientos, nada dijo, pero esbozó una sonrisa de asentimiento y me miró enternecida.

Pasado el puente, A través de un paisaje de juncos y espadañas y parcialmente tapada por la vegetación pude ver, al fin, mi futura casa. Juan, me la señaló extendiendo el brazo:

– Aquella es nuestra casa.

El lugar no podría ser más bello y, su situación, tampoco; atravesamos el portón de entrada del corral y ahora ya podía verse todo cuanto allí había. Al frente, una enorme casa de piedra con una amplia galería; a su derecha, una sólida panera¹ y, a su izquierda, bastante alejada, una construcción alargada que más tarde sabría que era la cuadra.

¹ Panera: Hórreo con más de cuatro patas o “pegollos”, característico de la región asturiana.

Y, en cuanto hicimos acto de presencia en aquel amplio corral, aparecieron, como por encanto, tres personajes que iban a estar presentes durante toda mi feliz infancia. Juan me los presentó:

– Este es Amador, nuestro criado.

En cuanto se dio por aludido, se aproximó a mí; y, con suma timidez, me dio un beso en la mejilla. Después de besarme, con cara alelada, no supo decir otra cosa que ésta, con serias dificultades de pronunciación:

– El niño, guapo, guapo.

Y, se retiró inmediatamente hacia la cuadra, con pasos desgarrados y sin mirar atrás.

Frente a nosotros, se había situado ya una señora de mediana edad, y pelo blanco recogido en forma de moño; daba muestras de un nerviosismo inusitado, retorciendo sus manos en el delantal. Juan se despachó así:

– Esta es Carmen, nuestra sirvienta.

Ella, sin poder controlarse, me cogió en brazos, me apretujó, me besó y no dejaba de decir:

– ¡Qué guapo!, ¡qué guapo!. Tiene porte de señor principal.

Mientras Juan hacía las presentaciones, el tercer personaje nos miraba atento y sin inmutarse, meneando nerviosamente su cola mientras daba unos ladridos tan suaves y tan ahogados que parecían gemidos. Y, bastó una sola palabra de Juan para que se aproximase a nosotros arrastrando su cuerpo.

– Y éste es Sol, nuestro perro.

Sol, terminó de arrastrarse y se colocó delante de nosotros, panza arriba, con el cuello ligeramente inclinado, la boca semiabierta y su enorme lengua roja y húmeda fuera.

Juan se inclinó y le acarició; y cogiéndome de la mano me dijo:

– Este es el perro más inteligente de este pueblo; ¡Qué digo!... de este mundo.

En este momento, el perro se incorporó, se sentó, me miró atentamente, con las orejas tiesas y los ojos brillantes, ladró dos o tres veces con potencia; y, finalmente se acercó a mí y me lamó las manos. Y, a continuación se puso a correr como un loco por el patio, como si quisiera demostrar su alegría.

Carmen, nos sirvió la comida en la amplia cocina y cuando terminamos, Flora dijo con suavidad:

– Este niño tan guapo, va a dormir la siesta ahora mismo, porque debe estar muy cansado.

Y, sin más espera, me cogió en brazos, y, escaleras arriba, llegamos a una gran sala repleta de muebles y de fotografías. Abrió una puerta y me susurró al oído:

– Esta es tu habitación, corazón mío.

Me parecía increíble que, una habitación tan grande fuese sólo para mí, cuando en el Hospicio dormíamos todos los pequeños en una gran sala, bajo la severa mirada de la monja cuidadora de turno.

No olvidaré nunca la impresión que recibí cuando me quedé solo en la habitación. Al poco rato, Flora, creyéndome dormido, me tapó amorosamente y salió de puntillas, cerrando con suavidad la puerta. Y, fue entonces cuando abrí los ojos y miré a mi derecha y a mi izquierda, escudriñando cada objeto, cada mueble, cada detalle.

Frente a mi cama, al fondo, estaba la ventana. Una ventana amplia y sólida con las contraventanas cerradas y las hojas un poco abiertas. A través de ella, oía a lo lejos el sordo rumor del río; y, en las proximidades de la casa, el suave susurro de las hojas de los árboles. A mi derecha, un armario de madera tallada. A mi izquierda, la puerta de entrada y, un poco más allá, un juego completo de higiene personal con palangana, cubo, jarrón y espejo. Pegada a la cama, por el lado izquierdo, había una mesita, también de madera tallada y a juego. Las paredes, estaban desnudas y recién encaladas. Un crucifijo de madera, presidía la habitación en la cabecera de la cama. No recuerdo lo que tardé en dormirme, pero debió de ser poco.

Aquella sensación de paz y sosiego, eran indescriptibles y nunca las había experimentado con aquella intensidad. El cansancio del viaje fue pesando sobre mis párpados y lo último que recuerdo de aquella gloriosa tarde fue el insistente, monótono, ruido del río, de aquel río que me había cautivado en cuanto lo vi por primera vez.